

Prólogo

La admiración por el arte de Murillo resiste al desgaste del tiempo. Acaban de cumplirse cuatrocientos años del nacimiento del famoso pintor del barroco español, y no sólo desde su ciudad, Sevilla, de la que muy pocas veces se ausentó, sino desde toda España se empieza a percibir dónde radica el verdadero secreto de su atractivo. Sucedió con Murillo que nada había verdaderamente humano que no encontrara eco en su corazón. Y el núcleo de ese secreto residía en ser un hombre de una profunda fe cristiana. Ha captado de una manera casi familiar los episodios milagrosos, sobrenaturales, y en ellos ha conseguido romper todas las actitudes hieráticas y distantes a las que nos acostumbraban otras Escuelas pictóricas del momento.

Murillo va a contemplar durante su vida el progresivo ocaso del aparente «catolicismo oficial triunfante» con una sensación de crisis y desaliento. Así (y esto es privilegio de los genios), los artistas sevillanos del S. XVII idealizaron el hambre, el dolor y la muerte, y le dieron a su vez serenidad, humanidad y una dignidad paralela a una calidad artística extraordinaria. Es cierto que no todo hombre está llamado a ser artista, pero sí a todo hombre le es confiada la tarea de ser artífice de su propia vida. Y Murillo

encontró en el arte una dimensión nueva y un extraordinario canal de expresión para su crecimiento espiritual. Las obras de arte hablan de sus autores, nos introducen en su intimidad, y revelan la original contribución de cada artista a la cultura. Nuestro artista, así nos lo muestra el autor de esta semblanza, no sólo supo estar a la altura del tiempo en que vivió, sino que su profunda confianza en Dios le llevó a dar una visión sólo comprensible cuando se es cristiano.

Desde esa mirada de fe, su vida y obra llegan a ser una clave hermenéutica privilegiada para acercarnos a algunos temas que, si bien fueron característicos de aquella Sevilla de su tiempo, nos sirven para comprender el nuestro: la desesperanza reinante en el ambiente; las plagas de la enfermedad, la muerte y la pobreza; la convivencia en la sociedad de muchas lacras sociales con ambientes muy pudientes... En ese contexto, en estas páginas se plantean cuestiones que siguen siendo –tal vez ahora mucho más– de enorme interés: la realidad de la presencia de Dios en el mundo; el valor de las obras de misericordia; la necesidad de la fe vivida en el espacio público; o la fragilidad y la ternura como valores humanos positivos.

Tras profundizar en dos aspectos esenciales del Cristianismo que se encuentran permanentemente en todos sus cuadros –el sentido de la Encarnación y una atmósfera de verdadera esperanza–, el autor pasa a describir la relevancia que Murillo da al cuidado de las periferias sociales y existenciales (infancia, pobreza, enfermedad), siempre sirviéndose de pinturas o aspectos de su vida. Me gustaría hacer una referencia explícita al capítulo que el autor dedica a la visión secular de Murillo, pues se trata tal vez del aspecto más original y atrevido del libro. Emplear el término secularidad requiere una contextualización adecuada, pues habrá que saber distinguir la auténtica secularidad con el secularismo reinante en nuestros días. La audaz tesis que aquí se defiende es que Murillo

puede ser calificado como un adelantado de esa visión secular que consiste en hacer del mundo el lugar de encuentro del ser humano con Dios y donde los laicos deben participar activamente –tanto como las personas consagradas a Dios– en su tarea de santificación. Esa labor genera y requiere de la belleza: la belleza de la santidad, verdadero punto de fuga de todos los cuadros de Murillo, como de esta semblanza.

Tras un lógico y sentido apartado dedicado a la Virgen y a san José, los grandes amores del artista, el libro concluye con una reflexión sobre la ternura, la virtud más propia de Dios, y verdadero clima y actitud con la que hemos de acercarnos a las páginas que ahora tienes por delante y a la obra de este genial artista sevillano.

Nani Leon Lara